



Verdad y Anuncio de la Fe

Hoja Semanal de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XI
Nº 24
19.03.2017

Evangelio del Domingo

Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna

Lectura del santo Evangelio según san Juan 4, 5-15. M-26, 39a. 40-42

En aquel tiempo, llegó Jesús a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: «*Dame de beber*». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “*dame de beber*”, le pedirías tú, y él te daría agua viva».

La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna».

La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla. Veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre...»

La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo.»

En aquel pueblo muchos creyeron en él. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

Lecturas del domingo de la 3ª Semana de Cuaresma (19.03.2017)

1ª Lectura:	Del libro del Éxodo (Ex 17, 3-7).
Salmo:	Del Salmo 94 (Sal 94, 1-2. 6-7. 8-9).
2ª Lectura:	De la Carta de San Pablo a los Romanos (Rom 5, 1-2. 5-8).
Evangelio:	Del Evangelista san Juan (Jn 4, 5-15. M-26, 39a. 40-42).

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia:

El Amor en la Familia

Exhortación Apostólica «*Amoris Laetitia*» del Santo Padre FRANCISCO (34)

EL AMOR EN EL MATRIMONIO:

Amabilidad

Amar también es **volverse amable**. Quiere indicar que el amor no obra con rudeza, no actúa de modo descortés, no es duro en el trato. **Sus modos, sus palabras, sus gestos, son agradables y no ásperos ni rígidos**. Detesta hacer sufrir a los demás. La cortesía «**es una escuela de sensibilidad y desinterés**», que exige a la persona «cultivar su mente y sus sentidos, aprender a sentir, hablar y, en ciertos momentos, a callar. Ser amable no es un estilo que un cristiano puede elegir o rechazar. Como parte de las exigencias irrenunciables del amor, **«todo ser humano está obligado a ser afable con los que lo rodean»**. Cada día, «entrar en la vida del otro, incluso cuando forma parte de nuestra vida, pide la delicadeza de una actitud no invasora, que renueve la confianza y el respeto. El amor, cuando es más íntimo y profundo, tanto más exige el respeto de la libertad y la capacidad de esperar que el otro abra la puerta de su corazón».

Para disponerse a un verdadero encuentro con el otro, se requiere una mirada amable puesta en él. Esto no es posible cuando reina un pesimismo que destaca defectos y errores ajenos. **Una mirada amable** permite que no nos detengamos tanto en sus límites, y así podamos tolerarlo y unirnos en un proyecto común, aunque seamos diferentes. **El amor amable genera vínculos, cultiva lazos, crea nuevas redes de integración**. Cuando cada uno busca sólo su conveniencia la convivencia se torna imposible. Una persona antisocial cree que los demás existen para satisfacer sus necesidades, y que cuando lo hacen sólo cumplen con su deber. Por lo tanto, no hay lugar para la amabilidad del amor y su lenguaje. **El que ama es capaz de decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan**. Veamos, por ejemplo, algunas palabras que decía Jesús a las personas: «¡Ánimo hijo!» (Mt 9,2). «¡Qué grande es tu fe!» (Mt 15,28). «¡Levántate!» (Mc 5,41). «Vete en paz» (Lc 7,50). «No tengáis miedo» (Mt 14,27). No son palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian. En la familia hay que aprender este lenguaje amable de Jesús.

PRIMER ANIVERSARIO
Amoris
Laetitiae

“El amor no obra con rudeza, no actúa de modo descortés, no es duro en el trato. Sus modos, sus palabras, sus gestos, son agradables y no ásperos ni rígidos. Detesta hacer sufrir a los demás”

Francisco

Encuentro con Jesús

... Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad. La mujer le dice: *«Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo»*. Jesús le dice: *«Soy yo, el que habla contigo»*.



Antes de encontrar a Cristo, el hombre está preocupado solamente de los aspectos materiales de la vida. Son realidades importantes, aun indispensables, pero no bastan, no pueden constituir el objetivo único y último de la vida. Solo quien encuentra a Cristo, quien descubre que él es el **“Salvador del mundo”** y acoge el don de su agua, experimenta que toda hambre y toda sed pueden ser saciadas.

Santos Laicos

San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza (y 2)

«Dando a Dios lo que era de Dios y la debida fraternidad a su prójimo...»



El diácono Juan nos ofrece en su Códice una muestra de la enorme generosidad del santo:

«Isidro... rebosaba misericordia en su corazón y nunca dejaba de dar limosna según sus posibilidades. Y así, un sábado, habiendo distribuido a los pobres todo cuanto había en la cocina, se presentó de improviso un pobre pidiendo le diese algo. Movido de extrema piedad y no teniendo nada que darle, suplicó a su mujer: “Te ruego por Dios, querida esposa, que des a este pobre lo que haya sobrado del puchero”. Ella, a sabiendas de que no había quedado nada, por darle contento se fue a traer la olla vacía; sin embargo, el piadoso designio de Dios satisfizo el deseo de su piadoso siervo, tanto, que encontró la olla repleta. La mujer se quedó al principio sorprendida, pero reconociendo el milagro y el favor divino, dio de comer al pobre en abundancia.»



Con el correr del tiempo decidieron los esposos separarse para llevar una vida de mayor santidad; Isidro volvió a Madrid, mientras María se quedaba en Caraquiz consagrada al cuidado de la ermita, que barría y aseaba diariamente. La separación duró hasta la última enfermedad del santo. Cuando María se enteró, corrió a su lado y ya no se separó de su esposo hasta que murió. Luego, volvió a Caraquiz donde murió unos años más tarde.

A Isidro se le enterró en el cementerio de la parroquia de San Andrés, en Madrid. Transcurridos cuarenta años, ante la insistencia del pueblo por los prodigios que se le atribuían, se exhumó el cuerpo y se le dio sepultura en el interior del templo. Se vio entonces que, a pesar del tiempo transcurrido, todavía se conservaba entero y de color tan natural como si estuviera vivo.

Aunque tuvo fama de santidad desde su muerte, en el siglo XII, y el rey Felipe II hizo todo lo posible por su causa en el siglo XVI, su beatificación y canonización formales no llegarían hasta el siglo XVII. Isidro subió a los altares en la misma ceremonia de 1622 que otros tres españoles, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y San Francisco Javier.

En cuanto a santa María de la Cabeza, El Papa Inocencio XII, confirmando y aprobando el culto inmemorial dado a la sierva de Dios, inscribe su nombre en el santoral el 11 de agosto de 1697. En la Bula de canonización del patrón de Madrid, *Rationi congruit*, el Papa, tras reseñar el milagro de la olla repleta de carne, concluye así la referencia a la esposa: *«La mencionada consorte del bienaventurado Isidro, llamada María de la Cabeza, está considerada por los españoles, en atención a sus santas costumbres, como digna de veneración y, en todo, semejante a su marido. Por esta razón, su antiquísimo culto mereció ser aprobado.»*